

El belén, para todos

Cuando el belén no existía

En los inicios del cristianismo ni siquiera se celebraba la Navidad. Las primeras comunidades cristianas sólo se reunían semanalmente cada domingo para celebrar la resurrección del Señor. Pero poco a poco fue surgiendo la necesidad de reunirse para conmemorar anualmente hechos importantes de la vida de Jesús. Así, con motivo de la Pascua judía se empezó a recordar cada año su muerte y resurrección.

Con el tiempo, los cristianos fueron celebrando otros momentos de la vida de Jesús. Y su nacimiento era uno de los momentos más destacados. Las primeras fiestas de conmemoración de la Encarnación y de la venida al mundo del Hijo de Dios que se conocen son de alrededor del año 300. En un principio esta efeméride se celebraba el día 6 de enero, fiesta de la Epifanía, y aún hoy esta fiesta es muy importante para las Iglesias de Oriente. La fiesta de Navidad fue una cristianización de la fiesta romana del “Natalis Solis Invicti”, el “nacimiento del Sol Invicto”. En un calendario del año 354 se puede leer lo siguiente: “25 de diciembre: Nacimiento del Sol Invicto. Nace Cristo en Belén de Judá”.

A medida que la Iglesia crecía, se iba desarrollando también el arte cristiano, y este arte incorporaba toda la tradición que las primeras comunidades cristianas fueron forjando. La primera representación pagano-cristiana navideña que conocemos es del año 300: se encuentra en el mosaico de la bóveda de la

cripta de Julius en la necrópolis vaticana, donde se representa a Helios, dios del sol, como Cristo luz del mundo, “sol que nace de lo alto” (Lc 1,78). Durante el siglo IV se generalizaron las pinturas representativas del Nacimiento y sobre todo de la Adoración de los Reyes. La más antigua sería una pintura de la catacumba de Priscila de Roma: entre otras escenas de la vida de Jesús podemos ver una imagen de la Virgen con el Niño en brazos y a su lado un hombre de pie, que algunos han identificado como san José.

En la génesis de toda la iconografía del Nacimiento de Jesús tienen cabal importancia los evangelios de la infancia, de Mateo y de Lucas, y los evangelios apócrifos. Hay muchos elementos de nuestros belenes que tienen su origen en aquellos escritos y en las tradiciones que recogían. Los evangelios canónicos, por ejemplo, no dan ningún detalle sobre el número de los “Magos de Oriente” (Mt 2,1); la tradición, a lo largo de los años, dio nombre y rostro a los magos: eran tres, dice la tradición, y de tras razas distintas y además sabríamos sus nombres: Melchor, Gaspar y Baltasar... Y éste es también el caso del buey y de la mula; no aparecen en ninguno de los cuatro evangelios pero sí en el capítulo XIV del evangelio apócrifo del Seudo-Mateo. El arte cristiano mostrará, muy pronto, el buey y la mula, los tres Reyes....

En el siglo VII se construyó en la basílica de Santa María la Mayor de Roma, un oratorio con una estructura que quería ser como la cueva de Belén; allí aún se guarda la reliquia de lo que habría sido la primera cuna del Niño Jesús, y que habría sido traída desde Israel por santa Elena en el siglo IV.

Historia de una devoción

Con estos y otros ejemplos podemos constatar cómo, con el paso de los años, la tradición cristiana fue consolidando el recuerdo del nacimiento de Jesús como un elemento destacado de su liturgia. Y es importante ver cómo la devoción al Nacimiento, base del belén, se iba afirmando.

Esta devoción dio lugar a los “Misterios del Nacimiento”, unas representaciones teatrales sobre el nacimiento y la vida de Jesús que se daban en las iglesias de toda Europa durante toda la Edad Media. Uno de los primeros “Misterios del Nacimiento” que conocemos es de la Navidad del año 1059 en la catedral de Nevers (Francia). Estas representaciones tenían mucho éxito, y esto llevó a excesos: acabaron siendo tan masivas que parecían verbenas; en el año 1207 el papa Honorio III se vio obligado a prohibir las representaciones teatrales en las iglesias.

Pero con los años sucedió un hecho que sería determinante en la historia de la devoción al nacimiento de Jesús y, en definitiva, en la historia del belén. El año 1223 san Francisco de Asís celebró la misa del gallo ante una cueva del bosque en Greccio (Italia). Los pastores de los alrededores habían asistido con antorchas; dentro de la cueva había un belén con heno, un buey y una mula, y durante la misa se apareció el Niño Jesús. Éste fue, según la tradición, el primer belén de la historia. Aún hoy, muchos hablan del *poverello* de Asís como del inventor del pesebre. Pero san Francisco no inventó el pesebre, sino que hizo algo más importante: impulsó y renovó decisivamente la devoción hacia el Nacimiento. Es justo recordar que hubo otros santos que ayudaron: además de san Francisco, san Cayetano y san Ignacio de Loyola vieron místicamente al Niño Jesús moverse y sonreír durante la celebración de la misa de Navidad (más próximo a nuestros días, san Antonio María Claret tuvo una visión parecida); y también santa Brígida tuvo la visión del parto de la Virgen.

A partir de san Francisco de Asís diversas órdenes religiosas impulsaron la devoción al nacimiento por todo el mundo cristiano. La orden franciscana destacó en esta tarea, pero carmelitas, templarios, dominicos, y más tarde jesuitas y teatinos, por ejemplo, sabemos que dedicaron esfuerzos a promover la devoción al Nacimiento de Jesús.

Pero hasta ahora no hemos tratado propiamente de belenes. Hemos tratado de la evolución de la devoción al Nacimiento de Jesús. El misterio de la Encarnación, el Hijo de Dios hecho

hombre, es uno de los fundamentos de la fe de los cristianos. La fiesta de la Navidad es la celebración de la humanidad de Dios: Dios habita entre nosotros. Toda la vida de Jesús es signo de este misterio. Y la imagen de Jesús niño es la que sentimos más próxima. La contemplación del nacimiento de Jesús nos desvela la ternura y nos lo hace sentir muy cercano. Para esto nacieron los primeros belenes: eran una buena herramienta para promover la devoción al Nacimiento y, en definitiva, para comprender el misterio de la Encarnación.

Los primeros belenes

La tarea de promoción que hicieron las órdenes religiosas dio lugar a los primeros belenes, o a las primeras capillas dedicadas a representar artísticamente el Nacimiento de Jesús, que sería lo mismo. Estos primeros belenes se podían encontrar a partir del siglo XV en las iglesias y conventos. La época de la Contrarreforma significó un importante impulso al belén, ya que una de las reacciones a las reformas protestantes fue la promoción de la imaginería religiosa: el pesebre experimentó un gran auge en tierras católicas. El arte barroco fue muy bueno para la consolidación de los belenes: fueron surgiendo figuras que, con el tiempo, ganarían en importancia y se rodearían de una escenografía cada vez más sofisticada; esto se puede ver muy bien en Italia, en el reino de Nápoles, donde el trabajo de la orden franciscana, entre otras, y la gran cantidad de belenes que había en los conventos y en las iglesias hizo que la costumbre pasase a los palacios reales y posteriormente a las casas de la nobleza.

El belén ya no era un simple elemento de devoción religiosa: se había convertido también en un objeto de prestigio y su evolución a partir de aquel momento fue imparable: en la época moderna el belén entró en algunas cortes europeas, en las capillas y oratorios de las casas señoriales, y de aquí a las salas nobles de los palacios. Es muy conocido el pesebre napolitano que en la segunda mitad del siglo XVIII el rey Carlos III se hizo llevar a la corte de Madrid; se conoce como

el “Belén del Príncipe”, ya que era un regalo para su hijo, futuro Carlos IV, y que se puede admirar aún hoy en día en el Palacio Real de Madrid.

El belén entra en los hogares

Pero el belén no podía quedar encerrado en los palacios. La devoción al nacimiento de Jesús era muy popular, y el belén una costumbre consolidada ya en el siglo XVIII. Se explica que, a finales de aquel siglo, en el convento de Santa Madrona, al final de la Rambla de Barcelona, se producían aglomeraciones y hasta altercados para poder visitar el pesebre que construían los frailes capuchinos.

El pesebre pasó a las casas de todas las capas sociales, si bien preferentemente a las casas de los trabajadores y menestrales de las ciudades. A finales del s. XVIII y a principios del XIX el pesebre se convirtió en una tradición popular. En muchos hogares ya había una caja donde se guardaban unas sencillas figuras que por Navidad servían para montar el pesebre...

Tan grande fue la popularización del pesebre que, durante el siglo XX, hasta aparecieron asociaciones de belenistas, muchas de las cuales aún funcionan. Entidades que tienen como principal objetivo mantener y difundir esta tradición. Pero lo más importante que pasó en el siglo XX fue el descubrimiento de toda la riqueza que se esconde tras un acto tan sencillo como es hacer el pesebre: hacer el pesebre no era sólo una tradición piadosa, podía ser muchas cosas más.

Podía ser, por ejemplo, un objeto pedagógico de primer orden: distintas escuelas religiosas hacían montar el pesebre a los alumnos para estudiar la Biblia o para descubrir la geografía de Palestina. O podía ser también un elemento magnífico para promover la convivencia y la relación entre diversas clases sociales: es lo que hacían muchos movimientos e instituciones católicos para la promoción de la clase obrera. O, tal como vieron algunos sacerdotes a principios del siglo XX, el pesebre podía ser una muy buena herramienta para la catequesis de

los niños. O podía ser un elemento de reivindicación cultural o política (sólo hay que recordar, por, ejemplo, el caso de la Asociación de Belenistas de Hungría, la *Magyar Betlemesech*, que contaba con 80.000 socios y que fue disuelta por el régimen comunista...).

A finales del siglo XX, y en la actualidad, el pesebre también se ha introducido con fuerza en Internet con páginas de asociaciones, espacios de tertulia y debate virtuales que favorecen el contacto entre pesebristas de todo el mundo.

Los valores del belén

La consolidación de la tradición del pesebre a lo largo del siglo XX presenta muchos aspectos positivos, pero al mismo tiempo puede parecer que el pesebre ha perdido una buena parte de su sentido religioso. Hoy el pesebre se ha “normalizado”, lo que quiere decir que es muy fácil encontrar pesebres en muchos hogares y en muchos espacios públicos (aunque últimamente desde posiciones laicistas se está cuestionando si el pesebre debe o no tener esta presencia pública).

El belén está presente, incluso, en casas de personas no creyentes: quizá es una de las pocas imágenes religiosas aceptada sin problemas por todo el mundo. Y esto quiere decir que, en algunos casos, el pesebre se ha quedado sólo en su vertiente folklórica, de tradición popular. Está claro que si tenemos en cuenta que el pesebre nos muestra el nacimiento de Jesucristo, podemos afirmar que, más allá de la intencionalidad con la que se haya hecho, cualquier belén es un pequeño testimonio de fe entre el mundo.

El pesebre vive hoy un momento de normalidad, y quizá esto es lo que no nos permite valorarlo en toda su dimensión pastoral; los cristianos corremos el riesgo de quedarnos sólo en la vertiente folklórica o artística... y esto puede favorecer ciertos prejuicios ante el pesebre desde dentro de la propia Iglesia. Sobre todo desde el Concilio Vaticano II se han mirado con un cierto recelo muchas de las manifestaciones

de religiosidad popular (manifestaciones que se dejaron de hacer después de los años sesenta y setenta, sobre todo en los ambientes considerados “progresistas” de la Iglesia). Y esto sabe mal puesto que el belén es intrínsecamente cristiano y es una de las pocas referencias a la simbología religiosa que perduran en nuestra sociedad secularizada.

Transmitir mediante la imagen y el símbolo

El tema de las imágenes en el cristianismo no es un tema banal. La revelación se concreta muchas veces a partir de imágenes a diversos niveles. Con todo, las imágenes no son ni valores ni fines por sí mismas, sino que remiten siempre a lo trascendente, a lo que da sentido. Las imágenes tienen valor simbólico y el belén es muy rico en símbolos.

– La propia escena del pesebre, vista globalmente, es la representación más clara de la presencia de Dios en el mundo: mientras que en un rincón nace Jesús, el Hijo de Dios, el resto de la actividad del pueblo no se para, el pescador sigue pescando, la lavandera sigue lavando. Qué imagen más precisa de cómo Dios se hace presente de forma sutil, de forma silenciosa y sin estridencias en el mundo de los hombres.

– Con la imagen del niño Jesús se evidencia, más que en ningún otro lugar, la indefensión del amor de Dios que se hace presente de una manera muy suave, conquistando a la persona desde dentro y transformándola desde el interior.

– El establo es el lugar del estiércol, de las humedades, de los olores; allí donde nadie querría vivir. Dios escoge un establo para nacer. De una manera simbólica podríamos decir que el establo es el lugar donde se esconden los aspectos más impresentables de cada uno. No nos gusta reconocer este espacio en nosotros mismos y pensamos que son los demás los que tienen establo... Pero es aquí donde Dios escoge para nacer en nosotros; allí donde nos avergüenza más, donde más nos duele, el lugar que no querríamos que existiese, donde escondemos lo que nos da más miedo. Dios nace en nosotros

en este lugar inmundo: no lo rechaza, sino que nos espera allí como un niño desvalido.

– El camino del belén siempre nos lleva a Jesús. A veces es un camino complicado, imposible, como el que hacemos recorrer a los Magos. A lo largo de este camino encontramos personajes con actitudes muy distintas: quien corre hasta el portal, quien se lo piensa un poco, quien no hace caso. Al mismo tiempo el camino es un lugar de encuentro. Cuando hacemos el belén podemos aprovechar todos estos aspectos: a quién ponemos en el camino, en qué actitudes, ¿hacemos un camino llano o complicado?

– El río ha sido siempre el símbolo del paso del tiempo y también un símbolo de purificación. En el belén el río actúa muchas veces como un divisor del espacio. A un lado está la actividad del pueblo: las huertas, la mujer que lava, el pescador; hay que atravesar el río para ir al encuentro de Jesús. Y si hay río, normalmente hay un puente, símbolo de la comunicación. ¡Cuántas veces en los relatos mitológicos el puente es un elemento imprescindible en la historia! El río y el puente en el belén pueden simbolizar la acción necesaria para ir al encuentro con Jesús: necesitamos ir al otro lado, y esto no se puede hacer de cualquier manera.

– El buey y la mula, como decíamos antes, son dos personajes que conocemos a partir de textos apócrifos y pueden considerarse como lo que une el Antiguo y el Nuevo Testamento en el suceso de la Navidad. En Isaías 1,3 leemos: *“Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo, pero en cambio a mí Israel no me conoce, mi pueblo me ignora”*; esta frase se ha interpretado como una profecía del nuevo pueblo de Dios. Ante Dios, todos los hombres somos como bueyes y asnos. De hecho en representaciones medievales se les dibuja con rostros casi humanos y se inclinan ante el Niño como si comprendieran alguna cosa. Nosotros somos como bueyes y mulas ante el Eterno a los que se les abren los ojos en la noche de Navidad y reconocemos al Señor.

Roles y personajes del belén

Son importantes los roles y los valores que asumen los personajes del pesebre como expresión de la vivencia del Nacimiento divino. Podemos agruparlos en tres categorías: la de los pobres, bien representada por los pastores a los que el ángel anuncia el acontecimiento. Son los destinatarios predilectos de la Buena Nueva, y son los primeros en recibirla. La de los sabios, representados por los magos, quienes a través de la sabiduría natural, llegan a la sobrenatural. El pesebre es el lugar de atención de Dios para con los pobres y los sabios para celebrar la universalidad del mensaje de salvación por el Nacimiento de Jesús. La tercera categoría humana que ocupa el belén es una difusa y variada humanidad absolutamente desconfiada o indiferente, atareados en sus propios asuntos, ante el anuncio de los ángeles.

Los personajes del pesebre son el emblema de la manera con que cada uno afronta la presencia de Dios. Se puede ser como los hosteleros que lo rechazan, como Herodes que le teme, como los doctores de la ley que le citan las escrituras para defender sus privilegios, como la multitud de indiferentes que quieren ignorar el hecho. Pero se puede ser como los pastores que están disponibles a acercarse porque son pobres, o como los Magos que saben buscar porque son sabios.

El belén es una presencia

Cuando construimos el belén no estamos haciendo una reproducción histórica del nacimiento de Jesús, ya que desde el punto de vista histórico no sabemos demasiados detalles de cómo sucedió. La pretensión de hacer belenes ambientados en escenarios hebreos es una mera ilusión de acercarnos al Jesús histórico, sólo una reconstrucción ideal. Podemos decir que el pesebre es uno de los elementos con que conmemoramos el nacimiento de Jesús. El pesebre nos ayuda a hacer presente en nuestro tiempo y en nuestra vida el misterio de la Encarnación. Como resaltaba Juan Pablo II, hacer el pesebre

“es una sugestiva ceremonia que con sus variadas tradiciones ricas en arte, poesía y en folklore, apasionan el sentimiento popular y la piedad cristiana”. Cualquier persona que sienta la festividad y el acontecimiento, sentirá como si Jesús naciera en su pesebre.

Será pequeño o grande, será más o menos artístico. Pero vale la pena que el pesebre ocupe un lugar destacado en cada casa o en cada comunidad. Para tener muy presente lo que celebramos: que el Hijo de Dios viene a vivir nuestra vida, acompañado de sus padres María y José, visitado por los pastores con su humildad, adorado por Magos llegados de tierras lejanas, cantado gozosamente por los ángeles... el Hijo de Dios hecho hombre, un niño pequeño y débil que es la Luz para la humanidad entera. Cuando ponemos las figuras que nos son tan familiares, debemos pedir a Dios que dé a nuestros corazones aquella simplicidad o sencillez que supo descubrir en el niño al Señor, tal como supo hacerlo Francisco de Asís.

Función social y pedagógica del belén

Construir el belén es una actividad divertida, amena, que estimula la observación. Es una tarea colectiva que desarrolla la creatividad, el trabajo cooperativo, la sensibilidad y el gusto estético, que promueve el reciclaje, estimula la tenacidad y la paciencia. Preparar el belén familiar favorece buenos momentos de relación intergeneracional, desde salidas al monte para recoger ramas, arbustos, musgo o piedras (siempre con cuidado de no estropear el bosque), hasta la colaboración que todos los miembros de la familia pueden aportar en los diferentes momentos de la construcción.

Haciendo el pesebre aprendemos a observar la naturaleza y a respetarla. Tenemos la oportunidad de conocer cómo era la vida rural, las tareas del campo, las construcciones, los animales... aprendemos a trabajar con las manos, a ser pulcros, a desarrollar el gusto estético, a solucionar pequeños problemas técnicos con ingenio... La construcción del pesebre

genera un espacio educativo globalizador e interdisciplinar, donde se pueden trabajar conocimientos y habilidades muy distintas. Desde un punto de vista educativo es una actividad muy rica y versátil.

Otro gran valor del pesebre es el anti-materialismo, ya que de todas las tradiciones navideñas es la única que no está asociada a hacer regalos. El regalo es la satisfacción de hacerlo y que lo contemplen los padres y los amigos, o simplemente haber tomado parte en su construcción. Además, como es lógico, alrededor del belén se pueden educar actitudes de oración, de ofrenda, de contemplación, de celebración...

El belén del siglo XXI

El belén no puede quedar limitado a unos cánones artísticos determinados, sino que por su universalidad, por su dimensión simbólica, tiene que aceptar innovaciones técnicas y expresivas que supongan una puesta al día del antiguo misterio. La historia de Jesús, ocurrida hace dos mil años, trata de un niño que nace en la pobreza; de una familia que tiene que ir a actualizar sus papeles; de unos pastores que, como improvisada ONG, los acogen; de unos gobernantes que, extralimitando su poder, matan inocentes y hacen que José, Jesús y María tengan que emigrar y refugiarse en otro país; de unos conciudadanos que ignoran lo que tienen entre ellos, y de unos extranjeros que vienen de lejos para rendirle homenaje... La historia de la Navidad nunca ha dejado de ser una historia actual.

Podemos hacer el pesebre contemporáneo. Cuando ponemos el nacimiento de Jesús en un paisaje de nuestro entorno y las figuras van vestidas con la indumentaria propia de nuestros antepasados, estamos transportando el pesebre a la sociedad de los siglos XVIII o XIX. Es lícito y conveniente hacer un salto un poco más adelante y poner el pesebre en ambientes actuales.

Colocar el nacimiento debajo de un puente de autopista es recordar que Jesús fue un “sin techo”; presentar una huida a

Egipto navegando en una patera, equivale a decir que Jesús y su familia tuvieron que sufrir exilio; poner a san José como voluntario de la recogida del *chapapote* vertido al mar es decir que Jesús nacía en una familia comprometida con su pueblo; la escena de buscar posada en el pueblo con una Virgen vestida de rumana y un san José con rasgos esclavos que buscan la acogida del vecindario rodeados del tumulto de un día de mercado nos acerca a la necesidad de acoger; poner a un soldado rompiendo su fusil ante el Niño... todos estos ejemplos extraídos de belenes que se han construido nos invitan a pensar de qué maneras se puede actualizar el relato de la Navidad, y a darnos cuenta que Jesús se encarna cada día a nuestro lado.

El belén como experiencia de fe

Todas estas reflexiones sobre la dimensión pastoral y educativa del belén no dejan de tener un regusto de objetividad idealista. En esta libro hemos recogido diversos testimonios en los que el pesebre se convierte en el centro de una experiencia de fe. Esto no quiere decir que todos los textos sean de personas que hayan hecho el pesebre con la voluntad expresa de hacer una labor pastoral sino que estas experiencias nos llevan a una visión de la pastoral del pesebre que adopta múltiples y diversos puntos de vista, como si de una pintura cubista se tratara. Así veremos como hacer un pesebre con los niños y niñas de la catequesis, de poner un belén en la plaza del pueblo, o de hacer el pesebre en casa, en familia, puede ayudar a vivir los valores de la Navidad.

En las experiencias recogidas no se trata necesariamente de hacer belenes muy bonitos o que hayan ganado algún premio en un concurso. Lo importante no es tanto hacer un belén de una gran calidad artística, sino la propia experiencia de su construcción. En muchos casos no se trata tampoco de belenes que respondan a unos determinados cánones constructivos. Lo más interesante no es cómo está hecho el belén, los materiales, o la técnica que usemos para su realización; todos los belenes

son buenos y la dignidad no le viene de aspectos materiales, sino de la vivencia que hay detrás.

Las personas que a continuación nos explican su experiencia se lo han pasado muy bien montando su belén. Pero esto no es lo más importante; si bien sus belenes son muy diversos (tipologías diferentes, materiales de diferente calidad, pesebres hechos en grupo o en solitario, hechos con figuras de plastilina o con figuras de los mejores escultores del momento...) todos ellos tienen una cosa en común: todos los que hacen un pesebre saben que están haciendo algo más que una pequeña obra de arte; saben que durante su proceso de construcción han aprendido algo nuevo, han acrecentado relaciones, han vivido y han acercado el mensaje de Navidad a otras personas...

Uno de los testimonios recogidos dice, por Navidad, “sin belén nos falta algo”. Otro nos explica que “cuando hago el belén es como si rezara”. Este libro quiere ofrecer estos testimonios porque pueden ayudar a descubrir el valor pastoral y la riqueza del belén. Porque construir el belén puede ser una buena manera de preparar y vivir la Navidad.

Enric Benavent

Albert Dresaire

Colectivo Belenista *El bou i la mula*